

Conferencia 11 de juliol del padri de la novena promoció Ismael Almazan

Buenos días. Me siento muy contento y honrado porque la novena promoción de nuestro Diploma haya pensado en mí para acompañaros y para colaborar en este día. La verdad es que siempre me sorprende la buena acogida y el interés que los alumnos de cada promoción ponen en la asignatura "*Conèixer el món contemporani*", porque tampoco podemos decir que lo que en ella explicamos sea "la alegría de la huerta" precisamente. Con tantas crisis y problemas a los que siempre hacemos mención, más se parece a una canción de Leonard Cohen en un funeral.

Por si he podido contribuir a sembrar alguna inquietud respecto al porvenir, deseo tranquilizar a todos asegurando que la Historia del mundo actual y la geopolítica son disciplinas académicas, que nos sirven para conocer el mundo, pero que no son sinónimos de acción política y, mucho menos, de futurología.

Como dice el profesor Alessandro Barbero, los historiadores nos ocupamos del pasado, y lo único que sabemos del futuro es que vendrán cosas buenas y, seguro, algunas malas o muy malas, pero que éstas no serán necesariamente las que imaginamos ahora. No sé si leyeron hace unos días las declaraciones del paleontólogo Juan Luis Arsuaga en las que señalaba que a nuestra generación le explicaron que viviría en ciudades llenas de coches voladores y ahora resulta que la última moda tecnológica para desplazarse es el patinete.

Esto no quiere decir que desde la historia no se puedan hacer aportaciones para considerar nuestra actitud respecto al futuro, pero estas son de carácter general y no concreto, como algunos suponen. Un conocido divulgador cultural, Yuval Harari, dice que el estudio de la historia nos libera, porque cuando analizamos las causas y consecuencias de lo sucedido nos damos cuenta de que vivimos en entornos muy complejos, y una pequeña modificación en las causas puede comportar consecuencias muy diversas. Que, por tanto, nada ha estado nunca escrito, sino que ha dependido siempre de las actuaciones personales, de los contextos y de las circunstancias. Eso nos libera de cualquier determinismo, pero al mismo tiempo nos confiere una gran responsabilidad, ya que nuestras manos pueden inclinar las cosas hacia un lado u otro.

La historia también nos debería enriquecer con un saludable interés por todo lo que pasa, porque esa misma complejidad de que hablábamos hace

que, para entender el mundo en que vivimos, debamos estar abiertos y curiosos a lo que nos rodea. Como ya dijo Publio Terencio en el 165 a. C., *“nada humano me es ajeno”*.

Y, humildemente, añadiría que, junto a la libertad, la responsabilidad y la apertura, el conocimiento de la historia también debería dotarnos de un sano escepticismo cuando nos alarmamos ante los aspectos negativos de cuanto estamos viviendo.

Hoy día hay un justificado temor por nuestras instituciones políticas, por el mismo funcionamiento de la democracia y por la crisis de valores que estamos atravesando. Lo cierto es que, cuando oigo hablar de “crisis de la democracia”, siempre pienso “¿y cuando no?”, porque la idea de crisis es hasta cierto punto inherente a la misma democracia. No han sido muchas las épocas, ni muchos los lugares, en que la sociedad ha disfrutado, a lo largo de la historia, de algo parecido a una democracia. Y la democracia es libertad, pluralidad, debate, discusión y hasta enfrentamiento. Todo esto fatiga y desgasta, incluso enoja a quienes resultan perdedores del debate, porque se trata de contraponer, y en lo posible armonizar, las diferencias sociales, pero en muchas cuestiones hay ganadores y perdedores. Sabemos, por experiencia, que los ganadores suelen ser una minoría, con lo que la democracia no es siempre sinónimo de una sociedad tolerante y feliz.

Pero la historia muestra que todos los problemas que estamos viviendo, no es la primera vez que han ocurrido y probablemente tampoco será la última. Les explicaré con su permiso unas cosas que seguramente les sonarán de algo.

Todos sabemos que fueron los griegos los inventores de la idea de democracia en Europa, y esta fue una de sus grandes aportaciones a la Humanidad, pero también debemos decir que la mayor parte de las ciudades griegas conocieron poco la democracia. Fueron gobernadas por monarquías, aristocracias u oligarquías. Incluso en la propia Atenas, la máxima defensora de esta forma de gobierno, destacados intelectuales de esta ciudad, como Platón, Jenofonte, Tucídides o Aristófanes fueron críticos con la democracia o abiertamente contrarios.

La democracia ateniense era mucho más intensa que la nuestra, hasta el punto de que los ciudadanos no se fiaban de encomendar el gobierno a los políticos profesionales, y todo debía decidirse en la asamblea. Tampoco se fiaban de los técnicos, y casi todos los cargos de gestión eran ejercidos por

ciudadanos elegidos por la asamblea, o por sorteo, y durante periodos de tiempo muy breves. Incluso desconfiaban de los jueces, y la aplicación de la ley era decidida por un amplio jurado de hasta 500 personas en algo muy parecido a los juicios populares. Con todo, el entusiasmo de la gente por “*la cosa pública*” también era limitado. A menudo era necesario empujar con cuerdas a la gente que se encontraba en la plaza –el ágora- para que acudiera al punto de reunión de la asamblea, y se perseguía y multaba a quien lo hiciera con retraso. En una jornada donde se decidieran cosas muy importantes podían acudir entre cinco y seis mil ciudadanos, de un total cercano a los treinta mil.

En cambio, en el teatro, la verdadera pasión de los atenienses, podían concentrarse hasta treinta mil personas. Y no para asistir a profundas y didácticas tragedias de Eurípides o Sófocles, sino a las muy populares comedias de Aristófanes. Este autor era popular porque sabía tratar de una forma didáctica y divertida los temas –políticos o no- más actuales. Y lo hacía adoptando el punto de vista del “*sentido común*” del ciudadano medio. Un “*sentido común*” que huía de las extravagancias y las novedades propias de la élite. Por ello, en una comedia como *Las Nubes*, Aristófanes proponía, y consta que entre los aplausos del público, que Sócrates y su escuela perecieran entre las llamas. Sócrates siempre había defendido el respeto a la ley y el uso de la razón en todas las cosas, pero en base a esa misma razón se permitía criticar determinadas formas del culto religioso, las enseñanzas de sus compañeros los sofistas o declaraba que, en una ciudad famosa por el buen hacer de sus artesanos, no encontraba ningún hombre realmente capacitado para la tarea más importante, dirigir la ciudad. Este tipo de críticas no era aceptado por una población respetuosa de sus dioses, orgullosa de su cultura y, sobre todo, entusiasmada por la política y los líderes que la animaban. Las ideas al respecto no quedaban simplemente en la crítica literaria. El público de Aristófanes estaba compuesto por las mismas personas que acabarían condenando a muerte a Sócrates y obligándole a tomar cicuta en una de las sentencias más famosas y terribles de la historia.

No solo eso, sino que los atenienses fueron quienes a punto estuvieron de condenar al destierro a Aspasia, una de las mujeres más inteligentes, y bellas, de su época, a quien simplemente se acusaba de influir en su amante –el gran líder demócrata Pericles- y aconsejarle en sus decisiones de gobierno. O fueron los atenienses quienes, rizando el rizo de la

contradicción, también condenaron a muerte a los almirantes que habían ganado para la ciudad la batalla de las islas Arginusas, porque una tormenta les había impedido detenerse a recoger los cadáveres para darles el ritual funerario exigido.

Hubo incluso casos más terribles, como cuando la ciudad de Mitilene, tradicional aliada de Atenas, se cansó de su centralismo y del modo en que se empleaba el dinero de la alianza, se sublevó y el castigo imaginado –y votado- por los atenienses fue la ejecución de todos los varones y la venta como esclavos de todas las mujeres y niños. Ciertamente es que, al día siguiente, se arrepintieron y decidieron ejecutar tan solo a los hombres que, tras sofocar la revuelta, habían sido arrestados y llevados hasta Atenas. Eran más de mil.

Las asambleas fueron manipuladas por toda clase de personajes, algunos dignos, otros turbios y aventureros. Como vemos, nuestros tiempos no son necesariamente mejores ni peores que otros; quizá, como dijo alguien, tan solo un poco más bobos.

La historia también nos enseña que los procesos colectivos son a veces contraintuitivos. Quiero decir que su resultado no siempre responde a lo que la experiencia o nuestros valores nos aconsejan como más apropiado, individual y socialmente. Pondremos otro ejemplo:

A principios del siglo XVI los europeos occidentales estaban muy preocupados por el avance de los otomanos desde Asia Menor. Este pequeño estado aparecido en el siglo XIV se había expandido hasta dominar la península de Anatolia, Grecia, Siria, los Balcanes y había conquistado la ciudad imperial de Constantinopla. Y después del 1500 había ampliado aún más su territorio con la incorporación de Egipto, Hungría y buena parte del Magreb. Sus dominios se extendían desde las puertas de Viena hasta el desierto de Arabia y la costa argelina, a un tiro de piedra de Andalucía. En aquel momento, la voz de la razón clamaba por una alianza de todos los estados cristianos que, bajo la dirección de algún poder de altísimo prestigio como el emperador Carlos V o el Papa, hiciera frente a un estado que no sólo era militarmente mucho más eficaz, sino que había demostrado ser capaz de asimilar todas las innovaciones tecnológicas, de adquirir una sólida estructura administrativa, de proporcionar un nivel de vida a sus habitantes sensiblemente más alto que el de la Europa cristiana, y de ponerse bajo la dirección única y autoritaria de un solo hombre.

¿Hicieron los cristianos lo que dictaba su pensamiento y su experiencia? Pues más bien todo lo contrario. En vez de unirse, prolongaron sus querellas dinásticas, y el rey de Francia brindó sus puertos del Mediterráneo para que en ellos hibernase la flota turca; de esta manera, a la siguiente primavera podía atacar con mayor facilidad las costas catalanas, andaluzas o italianas para saquearlas. Además, aprovecharon este momento para dividirse por la querella religiosa más grave de su historia reciente, la Reforma protestante, que sumió en el cisma y la guerra civil las sociedades de Alemania, Francia o Inglaterra, y propició, entre otros muchos conflictos, la guerra de los Ochenta Años en el Flandes español.

En cambio, los cristianos europeos se lanzaron a empresas que miraban solo por el beneficio más mezquino y a corto plazo. En busca de oro, azúcar y esclavos conquistaron las Canarias, Madeira y las Azores, las islas del Caribe y, finalmente, el continente americano. El resultado fue que, en lugar de enfrascarse en una cruenta guerra secular entre dos imperios, al cabo de cien años los europeos se convirtieron en dominadores de las rutas marítimas en todo el orbe, mientras el poderoso estado otomano se iba hundiendo en una crisis de la que todavía no se ha recuperado Turquía.

Lo que es seguro es que cosas que se daban por sentadas hace poco tiempo han demostrado en los últimos años ser falsas. Las fronteras entre la democracia y la dictadura se están difuminando, también las de los estados y sus grandes instituciones, así como las relaciones entre los ciudadanos y el poder, o de los ciudadanos entre si o con el territorio que habitan.

Las personas de nuestra generación crecimos en un mundo dominado por estados fácilmente reconocibles, con su frontera, sus banderas, sus instituciones, como el Parlamento o el Banco Central, su moneda e incluso su aerolínea "*de bandera*". Pero las cosas están cambiando radicalmente. Cuando Facebook se propone lanzar una criptomoneda que podrá ser aceptada en todo el planeta y no dependerá de ninguna institución estatal ¿en qué mundo estamos?

Estos son los cambios que generan inquietud entre la población. Ya no es solo la natural desconfianza de los políticos. También se desconfía de los técnicos, que a veces proponen cosas –como los acuerdos de liberalización económica- que no sabemos si nos pueden costar el empleo o las condiciones en que ejercemos nuestro trabajo. Y la historia también nos

enseña que no podemos confiar tampoco a ciegas ni sacralizar la voluntad popular.

En este contexto, no nos debe extrañar que la democracia no esté hoy muy de moda. Para los que nacimos en una dictadura y asumimos como valores fundamentales la libertad y la democracia, resulta duro contemplar que el mundo está hoy en manos de personajes como Trump, Putin, Bolsonaro, Boris Johnson, Narendra Modi o Xi Jinping, que conceden un valor muy relativo a la voluntad de los votantes pero que, a menudo, han sido elegidos por esos mismos ciudadanos. Han descubierto que las falsas noticias, la demagogia, el patriotismo o la religión son armas de control mucho más eficaces que las metralletas y uniformes de las viejas dictaduras.

Entonces, todos aquellos que aún no renunciamos a debatir y participar colectivamente, ¿tenemos una guía que podamos usar en nuestra reflexión y que nos permita ejercer responsablemente los derechos democráticos? Dado que personas mucho mejor informadas que yo no son capaces de ofrecer consejos y perspectivas de futuro, parece evidente que no propondremos aquí ninguna receta mágica. Tan solo dos posibles pistas.

La primera sería el respeto a la verdad. Una verdad que nunca es única, sino poliédrica, generadora de debate, pero que por ello mismo anima al uso de la razón y nos permite avanzar. Una verdad que es lo contrapuesto de la mentira. Cuando alguien habla de “*verdades alternativas*”, o cuando se pretende poner lo verdadero y lo falso al mismo nivel, alegando que “todo es cuestión de opiniones”, la razón cesa. Resulta imposible argumentar porque se ha levantado el terreno de juego. No existe un elemento compartido sobre el que discutir porque cada uno percibe una realidad diferente a la del otro. Por eso, en historia, debemos defender la comprobación académica de lo que sucedió, de las fuentes y datos de que disponemos y se debe ejercer una crítica implacable contra todo lo que pueda inducirnos al error.

La segunda propuesta sería el respeto al “*principio de realidad*”. Utilizaremos de nuevo un ejemplo para explicar a qué me refiero. Supongo que muchos de ustedes habrán oído mencionar que en los últimos meses el gobierno de Italia había provocado el enfado de la Unión Europea y del gobierno norteamericano firmando un acuerdo comercial preferente con China y entregando a la gestión de sus empresas los estratégicos puertos de Génova y Trieste. En muchos lugares, tanto de Italia, como de Cataluña

o de España se ha mencionado que, en caso de falta de inversiones o de entendimiento político con USA o la Unión Europea, se puede buscar como alternativa razonable el apoyo de China, en un desafío a los aliados tradicionales.

Yo no entiendo mucho de economía, pero quizá si un poco de geoestrategia y se me ocurre una reflexión simple. China no es una potencia financiera todavía, en absoluto comparable en este sentido a los mercados de Wall Street, Londres o Tokio. Constituye una potencia industrial y comercial, muy dependiente de los intercambios y las rutas marítimas. Los Estados Unidos dominan el noventa por ciento de los pasos navales en el mundo. Y dominan, sobre todo las entradas del Mediterráneo. El canal de Suez está controlado por Egipto, Israel, Arabia Saudí y las bases británicas de Chipre, todos ellos fieles aliados de los norteamericanos. Y el estrecho de Gibraltar está en manos de la Gran Bretaña, Marruecos y la gran base naval de Rota.

A eso es a lo que me refiero como "*principio de realidad*". ¿Alguien puede pensar que en caso de enfrentamiento real con los vecinos poderes europeos o estadounidenses –más allá del mero chantaje ocasional- se podría hacer frente a sus exigencias buscando el apoyo de una potencia de Extremo Oriente? Como dijo un geopolitólogo italiano, uno puede levantarse una mañana y decidir que conviene hacer la política exterior de Finlandia, pero esto durará dos meses, porque ni Italia, ni Cataluña o España, son Finlandia.

La experiencia histórica demuestra que no deben asustarnos la diversidad o el conflicto, pero sí que debería preocuparnos la incapacidad para el diálogo o confundir la realidad con la ficción. Es el respeto a la verdad y al principio de realidad lo que nos puede hacer distinguir el amor a la tradición y el conservadurismo del mero conformismo, el cambio del aventurerismo, la utopía de la falacia, la solidaridad de la ausencia de autocrítica y el sentido práctico del egoísmo más duro y cruel.

Todo esto último sí que debería darnos miedo porque la experiencia enseña que por ese camino los habitantes de Europa nos hemos empobrecido muchas veces. Debemos saber identificar las contradicciones de nuestro pensamiento y resolverlas, superándolas, porque, como también dice Harari, uno de los problemas fundamentales del Homo Sapiens es que no todas nuestras neuronas dialogan con todas y somos capaces de convivir con nuestras contradicciones sin inquietarnos.

La universidad es un espacio privilegiado para la formación y el debate, pero en la universidad, desgraciadamente, no se debate todo lo que se debería, y no podemos tampoco descargar en ella lo que constituye una obligación de toda la sociedad y en todos los ámbitos. Es responsabilidad de cada uno utilizar esa formación para hacer que lo que aquí aprendemos nos vincule y nos una a todos, y no solo a los que ya piensan o sienten como nosotros, porque estar de acuerdo no es lo que ha hecho progresar a la Humanidad. La capacidad de reconocerse, de reconocernos, de admitir el error y de ser humildes siempre han sido las mejores armas del Homo Sapiens. Unas armas que construyen y que no matan.